

EL LIBRO DE MATEO

Lección 92, Capítulo 26

(continuación 4)

Cuando nos quedamos la última vez en Mateo 26, Yeshua acababa de ser identificado por Judas y entregado a las autoridades del Templo. Era de noche, poco después de la Última Cena, por lo que ocurrió durante las primeras horas del día de la Pascua, el 14 de Nisán. Volvamos a leer el breve pasaje en el que tiene lugar el arresto. Abran sus Biblias en el capítulo 26 de Mateo.

VOLVAMOS A LEER MATEO, CAPÍTULO 26:47–56

Mateo describe una multitud que llegó, encabezada por Judas, para arrestar a Cristo. El apóstol Juan describe a esta multitud no como ciudadanos judíos comunes, sino como personas con aspecto militar, sin duda la policía del Templo. No se trataba de soldados romanos, sino más bien de una milicia de judíos (probablemente levitas) leales a las autoridades religiosas judías y contratados formalmente para ayudar a controlar a la gran cantidad de personas,

tanto judíos como gentiles, que acudían al Templo, y para arrestar a quienes infringían las leyes religiosas. Se nos dice que entre el grupo se encontraban algunos sumos sacerdotes junto con los ancianos. Los sumos sacerdotes eran sacerdotes de alto rango (representantes del Templo), pero no el Sumo Sacerdote. Los ancianos eran representantes del sistema de sinagogas, por lo que estaban presentes ambos extremos del espectro del liderazgo religioso judío y, muy probablemente, todos estos hombres eran miembros del Sanedrín y formarían parte del consejo convocado para condenar a Jesús.

Cuando Yeshua es apresado por la policía del Templo, uno de los hombres que lo acompañaba (uno de sus 12 discípulos) reacciona instintivamente, saca una espada y le corta la oreja a uno de los guardias que se encontraba entre la multitud. Mateo no nombra al discípulo que tenía la espada ni al hombre a quien le cortaron la oreja; sin embargo, Juan sí lo hace.

Juan 18:10 ¹⁰ *Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó y golpeó al siervo del sumo*

sacerdote, cortándole la oreja derecha; el siervo se llamaba Melekh.

Juan nos informa que fue Pedro (¡qué sorpresa!) quien actuó impulsivamente, y que fue a un siervo del sumo sacerdote a quien le cortaron la oreja... su nombre era **Melekh** (que en hebreo significa «rey»). Juan quiere que notemos que Pedro no simplemente blandió su espada al azar, sino que eligió al representante de la casa del sumo sacerdote que se encontraba presente. No debe pasarnos por alto que Pedro estaba armado y era peligroso, lo cual parece un poco extraño después de todas las enseñanzas de Jesús sobre ser pasivo, o al menos pacífico, ante el mal o la opresión. Claramente, Pedro veía un peligro en ser discípulo de Cristo, y también se veía a sí mismo como el guardaespaldas personal de Cristo.

Jesús reprende al instante a Pedro por su acción y completa su declaración con un dicho que se ha vuelto famoso, al menos en el mundo del cristianismo occidental: «porque todo el que empuñe la espada, perecerá por la espada». Esto no es ni una promesa ni una nueva ley divina pronunciada por Cristo; más bien es un proverbio. Un

proverbio es una verdad general o un dicho de sabiduría que no necesariamente se aplica en todas las situaciones ni siempre resulta así; pero es una buena regla general. Quiero tomarme un momento para analizar esto un poco más a fondo porque creo que, debido a esta escena en particular, Yeshua es a veces caracterizado por los cristianos como un pacifista inflexible.

Estamos ante un conjunto de circunstancias muy específicas. En primer lugar, Yeshua, por su naturaleza, no era un hombre violento. Los hombres santos judíos, los ***tzadikim***, eran, dentro de su llamado divino, sanadores, hacedores de milagros, diplomáticos y maestros. En segundo lugar, Jesús sabía (en su vida adulta posterior) que el maltrato, la brutalidad y luego la ejecución eran su destino ordenado por Dios y, por lo tanto, hacer cualquier cosa que lo frustrara o retrasara sería ir en contra de la voluntad de su Padre. En tercer lugar, es la voluntad general de Dios que sus seguidores busquen siempre la paz en la tierra y la buena voluntad hacia todos los hombres, y Yeshua ejemplificó eso... hasta cierto punto. Pablo hizo un midrash (una interpretación) sobre este concepto —que en

sí mismo es más un proverbio que un mandamiento— en el Libro de Romanos.

Romanos 12:17-21 ¹⁷ *No devuelvan a nadie mal por mal, sino procuren hacer lo que todos consideran bueno.* ¹⁸ *Si es posible, y en la medida en que dependa de ustedes, vivan en paz con todas las personas.* ¹⁹ *Nunca busquen venganza, amigos míos; más bien, dejen eso a la ira de Dios; pues en el Tanakh está escrito: «ADONAI dice: "La venganza es mi responsabilidad; yo daré la retribución"».* ²⁰ *Por el contrario: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Porque al hacer esto, amontonarás brasas ardientes [de vergüenza] sobre su cabeza».* ²¹ *No te dejes vencer por el mal, sino vence al mal con el bien.*

Pablo reconoce en las enseñanzas de Cristo que debemos (en términos generales) tratar a nuestro prójimo de la manera más pacífica posible, pero a veces eso no depende de nosotros. Por lo tanto, hay que caminar por una línea muy delgada para llevar a cabo esta instrucción. A Jesús, por ejemplo, no se le representa siendo atacado durante su

arresto; solo es llevado por los funcionarios del gobierno. Pero la idea de que un creyente nunca deba actuar en defensa propia contra un agresor criminal violento no forma parte del concepto. Más bien, se trata de comprender que habrá muchas ocasiones en nuestras vidas en las que nuestras opciones sean limitadas, la vida pende de un hilo o no se haga justicia en la tierra; y, sin embargo, no debemos convertirnos en justicieros para intentar imponer la justicia como nos parezca (eso es en lo que se resume la venganza). Más bien, Dios corregirá los males en el mundo venidero.

Al mismo tiempo, hemos sido testigos de cómo Yeshua se enfrentó a la clase religiosa judía, engañada y corrupta, utilizando términos fuertes e incluso ofensivos que, por supuesto, sabía que provocarían una fuerte reacción que podría (y de hecho lo haría) conducir eventualmente a la violencia. En cuarto lugar, tal como lo prescribe la Ley de Moisés, Jesús nunca se pronuncia en contra de que los soldados maten al enemigo en batalla, ni en contra de que alguien proteja su hogar o a su familia frente a delincuentes agresivos decididos a causar daño físico. La Torá define

esas acciones defensivas como adecuadas y las califica como homicidio justificable (lo cual no es un pecado).

Sin embargo, las cosas cambian, en lo que respecta a Jesús, cuando regrese el Hijo del Hombre. El mismo que predica la no violencia (por el momento) se transforma en el vengador imparable de Dios. Gran parte de la población del planeta Tierra será asesinada por Él y por aquellos creyentes (y ángeles) a quienes Él dirige como un ejército para ejecutar la ira de Dios contra los malvados irremediables.

Por lo tanto, no debemos convertir a Jesús en el tipo de pacifista al estilo de Joan Baez, quien una vez dijo que, incluso si un asesino estuviera parado frente a la cuna de su bebé, decidido a matarlo, ella no haría más que suplicarle que no lo hiciera. Ella no emprendería ninguna acción física para detenerlo, ya sea peleando con él o usando un arma. Por el contrario, en el caso del ministerio y la detención de Cristo, toda su pasividad tenía como objetivo que Él llegara a un propósito predestinado: ir a la cruz por ti y por mí.

Luego, en el versículo 53, Yeshua dice algo que simplemente rebosa de implicaciones interesantes. Dice

que la razón por la que Pedro no debía atacar a quienes lo arrestaban es que, si Yeshua hubiera querido detenerlo, todo lo que tenía que hacer era pedirle a Su Padre que enviara una docena (12 es lo que dice el griego) de ejércitos de ángeles para ayudarlo. Lo primero que debemos deducir de esto es que Jesús era muy consciente de que tenía una opción; no era un robot programado... Tenía libre albedrío. Podría haber evitado las humillaciones y la crucifixión si hubiera querido. Lo segundo que hay que notar es que, una vez más, se destaca la jerarquía de la autoridad divina. Yeshua no llama a los ángeles para que lo ayuden por su propia cuenta; debe pedirle a su Padre que los envíe. Así pues, el nivel de autoridad de Yeshua siempre es inferior al nivel de autoridad de su Padre. En tercer lugar, aunque invocar a los ángeles para que lo protegieran habría socavado su propósito en esta, su primera venida (que era morir como ofrenda por el pecado de la humanidad), en su regreso sí se invocará a los ángeles. Este conflicto actual que está experimentando está destinado a mantenerse firmemente limitado a la Tierra; a Jerusalén. Solo más adelante esta gran batalla espiritual se extenderá hasta abarcar el cosmos. En quinto lugar, la guerra santa siempre

ha formado parte del arsenal de Dios. La guerra santa es la que Josué libró en nombre de Dios para reclamar la Tierra Santa, y los ángeles suelen formar parte de ella. En la situación actual de Yeshua no se emplearía la guerra santa porque aún no había llegado el momento para ello. Cuando regrese en el futuro, será una guerra santa la que se librará a un nivel nunca antes visto ni que se volverá a ver jamás. Y, por último, fíjate en que se utiliza el número 12: 12 legiones de ángeles que corresponden a las 12 tribus de Israel. Luego, en el versículo 54, Jesús explica por qué ha elegido permitir que lo torturen y lo maten. Le hace a Pedro una pregunta retórica con respecto a invocar a los ángeles para que lo rescaten: «...si hiciera eso, ¿cómo se cumplirían los pasajes del Tanakh que dicen que tiene que suceder de esta manera?».

Así pues, Jesús sigue el camino que se ha propuesto, permitiendo a sabiendas que el mal lo venza, con el fin de que se cumplan todas y cada una de las profecías del Antiguo Testamento sobre Él. No se puede omitir ninguna. He escuchado a ateos e incluso a algunos judíos religiosos argumentar que, dado que Yeshua admitió que estaba

haciendo todas estas cosas con la intención y el propósito de cumplir públicamente los escritos de los profetas bíblicos, esto significa que no era más que un hombre algo desquiciado que urdía su propia muerte para que muchos pensaran que él debía ser el objeto de estas profecías del Antiguo Testamento, cuando en realidad cualquier otro aspirante a Mesías (con suficiente determinación y valentía) podría haber hecho lo mismo. Solo diría que, durante los muchos siglos antes de que Yeshua apareciera, nadie (al menos nadie de quien yo haya oído hablar) intentó hacer lo que Él hizo. Quizás la mejor manera de pensar en lo que Yeshua estaba haciendo es que no se trataba tanto de orquestar su propia muerte, sino simplemente de permitir que la Historia de la Redención siguiera el curso ordenado por Dios sin resistirse a ella. Además: no hay forma creíble de que alguien, por muy inteligente o valiente que sea, pudiera haber dispuesto que todos los elementos, personas y decisiones involucrados sucedieran de manera perfectamente coordinada y llegaran al mismo lugar en el mismo momento, tal como vemos que se desarrolla.

David Stern hizo un buen trabajo al enumerar varias de las profecías del Antiguo Testamento que Jesús estaba cumpliendo, y yo destacaré algunas.

Isaías 49:7 dice que al principio será odiado sin causa razonable, pero que más tarde las naciones lo aclamarán.

Zacarías 11:12 dice que será traicionado por 30 piezas de plata.

Zacarías 13:7 profetiza que, cuando sea abatido, sus ovejas (sus seguidores) lo abandonarán.

Isaías 53 es quizás el capítulo que más dice sobre Él. Era un hombre sencillo; no tenía nada de especial en su apariencia. La gente lo evitaba y muchos lo despreciaban. Como cualquier otro ser humano, sufrió aflicción y dolor. Sería aplastado y herido, no por nada malo que Él hubiera hecho, sino por todo el mal que nosotros hemos hecho. Sería sepultado en la tumba de un hombre rico. Su calvario hará justos ante Dios a muchos hombres. Aunque fue condenado como un gran pecador, en realidad está intercediendo a favor de los verdaderos pecadores. Hay más, pero esto por sí solo ya es lo suficientemente aleccionador y asombroso,

ya que la precisión de lo dicho, visto en retrospectiva, deja atónita a la mente.

Después de reprender a Pedro, Jesús procede a reprender a las autoridades religiosas judías que han venido tras Él. Básicamente niega que sea algún tipo de instigador o líder de una rebelión. Sin embargo, se le acercan en la oscuridad de la noche, con muchos hombres armados con espadas y palos de madera, como si fuera una persona peligrosa a la que había que detener con suma precaución. Él señala que sus acciones no eran más que enseñar en los atrios del Templo... algo que difícilmente haría un líder rebelde... así que, si sus enseñanzas son el problema, ¿por qué no lo arrestan allí? Por supuesto, esa pregunta ya había sido respondida unas cuantas oraciones antes. El sumo sacerdote y los demás temían que arrestar públicamente a este popular hombre santo galileo con motivo de la Pascua provocara disturbios... de los cuales Roma haría responsable al sumo sacerdote. Él repite al grupo de guardias del templo lo mismo que acababa de decirle a Pedro: todo esto está sucediendo para que se cumplan las profecías. En otras palabras, los está convirtiendo a todos

en participantes y facilitadores de las profecías relativas al Mesías.

¿No es extraño que nadie parezca preguntarse: ¿qué profetas? ¿Qué profecías? Al igual que lo que ocurrirá pronto en el juicio simulado de Jesús, no hay ningún intento de buscar la verdad. Se trata de una caza de brujas política perpetrada por la élite del sistema religioso judío de aquella época. Las ambiciones personales, su feroz defensa de la estructura de poder religioso que les beneficiaba tan lujosamente y, probablemente, un odio creciente hacia este hombre que tal vez no hayan podido explicar, son el núcleo de su determinación de que Yeshua tenía que desaparecer. Lo que Dios quiere y lo que es correcto nunca parece entrar en escena. Lo que vemos suceder es verdaderamente el misterio de cómo se cumplen las profecías bíblicas. Estos cumplimientos son una mezcla de circunstancias inesperadas, junto con niveles inexplicables de deseos, temores u odios humanos, que parecen estallar de la nada. A medida que se desarrolla un cumplimiento profético, ninguno de los involucrados, ni los malvados ni los justos, tiene idea de que no son más que instrumentos en las

manos del Maestro. Y les prometo que, en el siglo XXI, a medida que avanzamos a toda velocidad hacia el fin de los días, todas esas profecías aún por cumplirse se desarrollarán exactamente así. Creemos que no nos sorprenderán porque estamos muy preparados y atentos a los acontecimientos actuales; pero sí nos sorprenderán. Todas las profecías se han cumplido siguiendo este mismo patrón. Debemos abordar este dilema no pensando «entonces, ¿de qué sirve conocer las profecías?», sino más bien como lo haríamos al saber que se acerca la temporada de huracanes. Nosotros, en el sur, sabemos que tarde o temprano nos azotará uno; simplemente no sabemos cuándo (y ciertamente no ocurre todos los años). Recibimos advertencias, pero en ocasiones es una sorpresa cuando un huracán surge de repente o cambia su trayectoria. Si estamos informados y preparados, haya sorpresa o no, estaremos bien. Si somos ignorantes y no estamos preparados, pase lo que pase, podría resultarnos muy perjudicial. En el Evangelio de Mateo vemos advertencias constantes de Yeshua a sus seguidores para que estén alertas y preparados para el Día del Señor. No tanto para

que puedan verlo venir, sino porque probablemente no lo verán venir.

Las últimas palabras del versículo 56 son muy tristes y, en cierto modo, deberían resultarnos un poco aterradoras. Dicen que, después de que Yeshua reprendiera a todos los presentes, los 11 discípulos que quedaban lo abandonaron. No puedo enfatizar lo suficiente que lo que está sucediendo aquí no es simplemente que unos hombres asustados huyan a esconderse. El punto central es una pérdida de fe. Ya en los versículos 34 y 35, Yeshua predijo que todos ellos lo negarían... no solo que huirían porque se asustaran. Creo que es razonable suponer que, una vez que su Maestro fue arrestado, pensaron que su movimiento había terminado. Se habían equivocado y habían atado sus esperanzas y su futuro al hombre equivocado. Si esos 12 discípulos traicionaron o renegaron de Jesús cuando las cosas se pusieron difíciles, ¿qué haríamos nosotros cuando las cosas se pongan difíciles para nosotros? ¿Podemos ser tan ingenuos como para pensar que su pérdida de fe no fue también una pérdida de la salvación? Si no lo es, entonces

la fe como condición para nuestra salvación no tiene sentido. Leamos un poco más de Mateo.

VOLVAMOS A LEER MATEO, CAPÍTULO 26:57–68

Lo que sigue a continuación a veces se conoce como el juicio de Jesús. Sin embargo, al igual que intentar comprender exactamente qué era la Última Cena en la tradición judía, puede resultar igual de difícil entender qué estaba sucediendo realmente cuando Yeshua fue llevado ante un grupo de hombres en la casa de Caifás, el sumo sacerdote.

El grupo de hombres reunidos en la casa de Caifás era, sin duda, parte o la mayoría del Sanedrín (el sumo sacerdote siempre era el presidente del Sanedrín). Por lo tanto, se había dedicado cierta reflexión y organización a localizar a Cristo, coordinar su arresto, llevarlo a un lugar predeterminado y luego tener a estos hombres ya reunidos para dictar rápidamente un veredicto sobre Él... sin que un público entrometido se diera cuenta. Se nos invita a notar que aquí no se estaba aplicando la justicia judía que se esperaba. No estaba permitido que el Sanedrín se reuniera de noche y celebrara un juicio. En cambio, lo que tenemos

es un grupo de hombres que se reúnen con la plena intención de hacer el mal; pero haciéndolo bajo la falsa apariencia de la autoridad del sistema de justicia ordenado bíblicamente. Las religiones de todo tipo, en todas las etapas de la historia, han sido mal utilizadas para cometer injusticias y daños intencionales con una amplia gama de propósitos e intenciones perversas. Esto se debe a que los líderes y funcionarios de todas las religiones son seres humanos imperfectos. Así que, en ese sentido, no está sucediendo nada inusual ni único aquí, en la casa de Caifás... salvo que, sin que estos miembros del Sanedrín lo sepan, su acto perverso está siendo utilizado por el Dios que dicen conocer y adorar para lograr un objetivo diferente al de ellos.

Se nos dice que Pedro siguió a la comitiva hasta la casa de Caifás, incluso hasta el patio. Luego se acercó y se sentó con los guardias (casi con toda seguridad los mismos guardias del Templo que acababan de arrestar a Jesús), porque sentía curiosidad por saber qué pasaría a continuación. Por la razón que fuera, estos guardias no relacionaron a Pedro con Jesús y parecían no tener ningún

problema con que él se sentara allí, esperando junto con ellos.

Mateo deja muy clara la intención del Sanedrín, como asamblea decidida y unánime. No tienen ninguna razón legal válida para hacerle nada a Jesús y lo saben; por eso, buscan pruebas falsas para poder inventar una razón que justifique matarlo. Lo que está sucediendo no es un juicio en absoluto; es una reunión de conspiradores que están tramando un asesinato. Están buscando algo... cualquier cosa... de qué acusar a Yeshua para tratar de que su muerte parezca justificada. Necesariamente debe ser algo que alcance el nivel de la pena de muerte, y solo había un puñado de delitos que podían castigarse como delitos capitales. Recuerden: lo que tenían que encontrar no era algo criminal en el sentido civil del término, sino más bien la violación de una ley religiosa judía. Los delitos penales se juzgaban bajo la autoridad de Roma; en tribunales romanos y según la ley romana. Como señala el versículo 60, lo que debió de ser un tribunal muy frustrado presentó a una serie de mentirosos, pero los jueces aún así no pudieron encontrar un delito que se acercara ni remotamente a una

sentencia de muerte. Finalmente, sin embargo, trajeron a dos hombres que afirmaron que Jesús había dicho que podía derribar el Templo y reconstruirlo en tres días. En la tradición judía, decir algo en contra del Templo se consideraba tan grave como decir algo en contra de Dios.

En cuanto a la fecha de este suceso, tuvo que haber sido el 14 de Nisán, día de la Pascua, ya que el 15 de Nisán era el primer día de los Panes sin Levadura y, por lo tanto, un sábado festivo especial; así que no hay forma de que Caifás hubiera podido convocar ningún tipo de asamblea en un sábado. Por muy malvados que fueran estos hombres, la tradición judía aún dominaba sus pensamientos y no estaban dispuestos a hacer algo que (irónicamente) creían que los metería en problemas con Dios.

Caifás se aferró a esta esperanza de encontrar por fin un delito adecuado y le gritó a Yeshua que respondiera a la acusación; Yeshua permaneció en silencio y se negó a contestar. Era evidente que esta acusación no iba a llevar a ninguna parte, así que Caifás intentó algo diferente. Al negarse a responder, Jesús incluso facilitó que Caifás pasara a algo que no solo le daba a Jesús una oportunidad

para anunciar a las autoridades religiosas judías quién era realmente, sino que también sería, por así decirlo, el clavo en el ataúd que finalmente impulsaría este proceso para llevarlo a la cruz. Caifás dice que pone a Cristo bajo juramento para que responda si es el Mesías, el Hijo de Dios. Lo que resulta realmente fascinante es que la pregunta que Caifás le ha planteado a Jesús es el punto central del Evangelio. «¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios?», le dice a Yeshua. Yeshua responde que esas palabras son suyas; es una expresión judía de afirmación. ¡Caifás acertó! Pero Yeshua no se detuvo ahí. También hizo una profecía que el Sanedrín reconoció como indicativa de una conexión divina. Dijo que algún día verían al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder. Y que también lo verían «viniendo» con las nubes del cielo.

Yeshua ha desplazado su punto de referencia del presente al futuro; a los Últimos Tiempos, cuando se producirá el juicio. El tribunal entendió perfectamente la referencia al Hijo del Hombre tal como aparece en Daniel y la consideró de naturaleza mesiánica, pero no necesariamente divina. Fueron las partes sobre «sentarse a la diestra del Poder» y

«venir con las nubes del cielo» las que permitieron a Caifás acusar a Jesús de blasfemia. El Poder (o mejor dicho, El Poder) era otra designación para Dios. «Venir con las nubes del cielo» es una afirmación interesante de analizar. Para Caifás, esto significaba que Jesús se asociaba a sí mismo con lo divino. Pero, ¿cómo debemos interpretarlo? ¿Debemos tomar las nubes en sentido literal o incluso algo figurativo (esas nubes blancas y esponjosas que flotan en el cielo... en los cielos), o podrían las «nubes del cielo» referirse a legiones de ángeles junto con, tal vez, miríadas de creyentes que, anteriormente, habían resucitado o arrebatados al cielo y que ahora regresan a la tierra desde el cielo para librar una guerra santa junto al Mesías Yeshua? Aunque no puedo descartar esta última interpretación, creo que se aleja demasiado de la profecía de Daniel sobre la venida del Hijo del Hombre en las nubes como para extenderla a que signifique nubes de creyentes y ángeles regresando con Jesús. Para los judíos, el Hijo del Hombre representaba principalmente el juicio. La idea de las nubes como creyentes resucitados surgió mucho más tarde en el pensamiento cristiano. Así que, como mínimo, ciertamente no significaba eso para el Sanedrín.

Hay un par de otras nociones incluidas en la afirmación de Cristo. El «verán» no se refiere tanto a los hombres sentados en esa sala, sino que es un «ustedes» general y panorámico, que probablemente significa «todos». Evoca la idea de la resurrección general que vendrá, cuando tanto los malvados como los justos se levantarán de sus tumbas y, por lo tanto, tal vez sean testigos del regreso de Cristo. «De ahora en adelante» definitivamente enmarca esto como un evento futuro, pero podría ser un futuro cercano o muy lejano. Se trata de una declaración bastante críptica que, para el Sanedrín, no aportó mucha información específica, aparte de que Yeshua estaba diciendo definitivamente que Él era, en efecto, el Mesías de Israel, y el Hijo del Hombre de Daniel, y que, de alguna manera, es divino. Más que suficiente para que Caifás exclamara: «¡Blasfemia!». Sospecho que para él ese grito significaba más bien: «¡Victoria!». Yeshua acababa de condenarse a sí mismo. En la ley judía, un sospechoso que confiesa elimina la necesidad de dos testigos que corroboren los hechos. La blasfemia era la infracción más grave de la Ley de Moisés y constituía un delito capital. El hecho de que no lo ejecutaran de inmediato indica que no podían hacerlo; no tenían la

autoridad para ello. Tendrían que esperar hasta poder ponerse en contacto con Pilato por la mañana y solicitar la ejecución de Yeshua. Se dice que los miembros del Sanedrín coincidieron en que era culpable y que la muerte era la sentencia adecuada. Ahora son igual y plenamente responsables de enviar al Hijo de Dios al patíbulo.

Se nos dice que le escupieron en la cara y lo golpearon con los puños, y se burlaron de Él diciéndole que profetizara quién de ellos lo había golpeado. Escupir era una forma de avergonzar a quien recibía su escupitajo.

Volvamos a leer el resto del capítulo 26.

VOLVAMOS A LEER MATEO, CAPÍTULO 26:69 – hasta el final

La atención vuelve a centrarse en Pedro, quien en cierto modo representa a los doce discípulos en su conjunto (y, en un sentido más profundo, a todos nosotros). Él sigue sentado en el patio de la casa de Caifás cuando una sirvienta dice que lo reconoce por haber estado con Yeshua de Galilea. Hemos dedicado mucho tiempo a enfatizar que, al leer el Nuevo Testamento y especialmente los relatos de

los Evangelios, debemos ser capaces de establecer una distinción necesaria entre los judíos de Galilea y los de Judea. Cada uno no solo tenía una serie de tradiciones diferentes en cuanto a la observancia de diversas fiestas, sino que también presentaban una diferencia general en el estilo de vida y en los valores subyacentes. Casi todas las naciones tienen este tipo de divisiones. Por ejemplo: en los Estados Unidos hay diferencias reconocibles en los valores y estilos de vida entre la gente del noreste y la del sur, y entre la del medio oeste y la de la costa oeste. Podemos distinguir diferentes acentos, notar un comportamiento extrovertido frente a uno más reservado, diferentes formas de vestir, y hay muchos otros indicadores que revelan de dónde podría ser alguien. Y en este mundo moderno polarizado, puede haber un rechazo y una falta de respeto abiertamente manifestados por parte de quienes viven en una región hacia quienes viven en otra. Así era la vida en la Tierra Santa en el siglo I. Los judíos, en general, se consideraban más sofisticados y piadosos que los galileos, a quienes menospreciaban por considerarlos inferiores. Los galileos veían a los judíos como gente altiva, hipócrita y que se creía superior.

Inmediatamente después de la acusación, Pedro negó incluso saber de qué estaba hablando la muchacha. Hizo su negación frente a numerosas personas, lo que significa que la negación de su fe fue tan pública como lo había sido su profesión inicial de fe; la profesión actual borraba la primera. Cuando comienza a intentar escabullirse de esta muchacha que lo reconoce, se desplaza a una zona más alejada, donde otra muchacha lo confronta porque no se lo cree; a pesar de su negación, ella sabe que es él. Ella anuncia, sin dirigirse a nadie en particular, que Pedro estaba con Yeshua de Nazaret. Pedro recurre a jurar... es decir, a hacer un juramento que, en el mundo judío, invoca necesariamente el nombre de Dios... de que no conoce a este hombre, Yeshua. Algunos transeúntes se acercan ahora a Pedro... probablemente después de haber escuchado a esta sirvienta... y dicen que Pedro debe ser «uno de ellos» porque su acento lo delata. Sí, los galileos tenían un acento característico que se diferenciaba del acento de Judea. Ahora Pedro se juega el todo por el todo e incluso invoca una maldición sobre sí mismo (si no está diciendo la verdad) e insiste en que no conoce a Jesús.

En el pensamiento judío de esa época, así como decir o hacer algo positivo tres veces denota sinceridad y entusiasmo por hacer lo correcto, decir o hacer algo negativo tres veces denota sinceridad y entusiasmo por hacer lo incorrecto. Pedro hizo todo lo posible por negar cualquier conocimiento de Jesucristo y, por lo tanto, cualquier fe en él. Tuvo tres oportunidades para retractarse de su negación, pero no lo hizo. Pedro ya no confesaba al Señor. Pedro ya ni siquiera reconocía saber quién era ese hombre. Apenas unas horas antes, Pedro se había jactado de que estaba dispuesto a morir con el Señor si fuera necesario; pero cuando ni siquiera se le amenazó con la muerte, sino solo con un castigo menor, eso fue suficiente para que perdiera el valor.

El gallo cantó y eso sirvió como un recordatorio de que Yeshua le había dicho que esto era exactamente lo que iba a suceder. Se repite la profecía de Jesús: «Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces». Pedro se había salvado de cualquier tipo de peligro; pero fue una decisión que le destrozó el alma. Lloró amargamente. No quiero sonar demasiado dramático; sin embargo, debemos

considerar que la repentina pérdida de la salvación por parte de Pedro ocurrió antes de la muerte y resurrección de Cristo. Cuando Pedro tomó la decisión de renegar de Cristo, la prueba de quién es Yeshua —que radica principalmente en la cruz y la tumba vacía— aún no había sucedido. Quizás por eso Yeshua estaba tan dispuesto a anticipar que se reuniría con este mismo grupo de desertores reformados de regreso en Galilea. Pero, ¿qué hay de todos los que vinieron después de Su muerte y resurrección? Nosotros tenemos conocimiento de ello; los numerosos testigos; es historia y no profecía. En mi opinión, negar a Cristo en este momento de la historia, o (quizás peor aún) conocerlo y luego alejarse de Él, es una condena aún mayor del carácter de una persona que lo fue para Pedro y los discípulos.

Creo que el llanto amargo de Pedro es el primer paso hacia su arrepentimiento. Ha fallado, por completo. Lo sabe. Ahora tiene que enfrentar quién es realmente. Y cuando nos acercamos a Cristo de esa manera, resulta aún más humillante saber que Dios nos ama tanto que envió a Su único Hijo, un hombre inocente, a morir por nosotros. Y que Su Hijo, quien podría haber elegido otra cosa, cumplió con

su misión. Siempre me ha gustado el Evangelio de Mateo porque es el que menos intenta de todos presentar una imagen idílica del carácter y el comportamiento de los doce discípulos, incluido Pedro. Tenemos la oportunidad de aprender de Pedro. La lección es que debemos tener cuidado y tomar precauciones en todo momento, y no tenernos en demasiado alta estima ni creer que, de alguna manera, esa nueva naturaleza que Dios nos ha dado ha borrado la antigua, que permanece peligrosamente activa en nuestro interior.

Los autores del Nuevo Testamento nos advierten repetidamente que siempre corremos el peligro de apartarnos de nuestro Salvador Jesús, tal como lo hizo Pedro. Santiago nos da la buena noticia de esperanza de que ese no tiene por qué ser nuestro final:

Santiago 5:19-20 ***¹⁹Hermanos míos, si alguno de ustedes se desvía de la verdad y alguien lo hace volver, ²⁰ deben saber que quien hace volver al pecador de su camino errado lo salvará de la muerte y cubrirá muchos pecados.***

Por otro lado, el autor anónimo de la Carta a los Hebreos advierte sobre las nefastas consecuencias de darle la espalda a Cristo:

Hebreos 10:26-27 ***²⁶Porque si pecamos deliberadamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, ²⁷ sino solo la aterradora perspectiva del Juicio, del fuego ardiente que consumirá a los enemigos.***

Abriremos el capítulo 27 para comenzar nuestra próxima lección.